



el dolor y la debilidad, librando una batalla que piensa ha de perder. Sin embargo, con frecuencia, mucho tiempo antes de llegar al lecho de muerte, aparece este anhelo de descanso y olvido. Una vez que ha desaparecido la primera juventud, la gente se encuentra con demasiada frecuencia ante una existencia mecánica, con todos sus objetivos carentes de sentido, con más preocupaciones de lo que vale la pena. Esto contribuye a explicar su irritación, sus comentarios iracundos, cuando tropiezan con alguna nueva teoría del Tiempo. No hay que desafiar al Tiempo, el gran anquilador. Piensan que hay que dejarle solo, para que haga su obra en ellos. Esas personas no quieren más vida. Consideran que ya han tenido más que suficiente.

Abribo la esperanza de que ahora el lector convendrá conmigo en que, sean lo que fueren las teorías del Tiempo, con toda seguridad no son «un modo de negar la gravedad del momento». Una amplia lectura de libros y correspondencia me ha convencido de que los teóricos del Tiempo se muestran tan dispues-

tos a discrepar como a concertarse entre sí. Sin embargo, creo que comparten dos convicciones. Una es la de que el momento es más grave de lo que imagina la mayoría de la gente. Otra es la de que la idea convencional del Tiempo, limitándonos y esclavizándonos al tiempo que pasa, no solo es errónea, sino maligna por su facultad de corrompernos.

Una vez liberada la mente, gusta de marchar sola, de modo que sé perfectamente que no es probable que imponga a muchos lectores mi particular criterio sobre el Tiempo, justamente porque pronto tendrán criterios propios. Pero, si he contribuido a librarles de esta mala idea, que aún domina a nuestra época, no habré escrito en vano. Sin embargo, con objeto de aproximarme a mi particular punto de vista con respecto al tiempo, he de ofrecer una pequeña historia personal.

3  
Ya de niño me era imposible comprender por qué ciertas cosas, para mí importantes, parecían no ser nada para las personas mayores.



Mis sueños no eran nada. Lo que yo «inventaba» para mi delicia o mi terror, no era nada. Ciertos sentimientos extraños, como caídos del cielo, no eran nada. Conservo el recuerdo, aunque de ello debe de hacer sesenta y cinco años, de estar sentado al sol en un pequeño altozano a espaldas de nuestra casa, con la impresión, no leve, sino palpitando en lo más hondo de mi ser, de hallarme muy cerca de algún secreto respecto a un tesoro maravilloso, que no tenía tamaño, ni forma, ni sustancia, pero que, no obstante, estaba en algún lugar, justamente detrás de la luz del sol y los ranúnculos y las margaritas y la hierba y la tierra cálida. Y también esto, al parecer, era nada. Según parecía, yo estaba rodeado y a menudo encantado por nada.

Y es cierto que, según crecía yo, esas cosas, en otros tiempos tan llenas de maravilla y terror y gozo, se desvaían y retiraban, aunque sin dejar nunca por completo mi mente. Lo que sucedió, naturalmente, fue que tuve que someter mi mente a la presión de las ideas dominantes. Se me enseñó a mirar la vida ade-

No todos tememos la aproximación de la muerte. Los muy viejos y enfermos puede que la reciban con agrado, como otros muchos por otras razones. Tales personas raras veces desean enfrentarse con cuestiones relativas a la eternidad. Es el olvido lo que buscan.

cuadamente, en mi desarrollo para convertirme en un sujeto juicioso.

Este mirar adecuadamente a la vida, despojada uno de todo absurdo y convirtiéndose en un individuo juicioso, pudiera compararse con la asistencia a un cinematógrafo un tanto extraño. Aquí se nos dice que nos concentremos por entero en las imágenes que aparecen en la pantalla. Estas son nuestro mundo, nuestra vida. Lo que no se muestra en la pantalla—una vez más—no es nada. Pero no podemos por menos de pensar que hay algo más, aunque no en la pantalla. Acaso oigamos una voz que no viene de allí y que está mucho más cerca de nuestros oídos. Captamos un vislumbre de un rostro que no es una imagen en la pantalla. Hay susurros y movimientos en la oscuridad.